

## DERRIDA, FILOSOFÍA DE LA VIDA

Sebastián Chun  
 Universidad de Buenos Aires/CONICET  
 sebaschun@hotmail.com

*El aprender a vivir, si es que queda por hacer, es algo  
 que no puede suceder sino entre vida y muerte.*

J. Derrida, *Espectros de Marx*

El objetivo del presente trabajo será poco pretencioso. Nos proponemos trabajar un texto, una entrevista, la última que diera en *vida* Derrida. Ni siquiera nos interesará el texto propiamente dicho, sino su título, o mejor dicho, sus títulos. El entrevistador es Jean Birnbaum y la transcripción del diálogo que mantuvo con Derrida fue publicada de manera parcial bajo el nombre “Estoy en guerra contra mí mismo” en el diario *Le monde* del día 19 de Agosto de 2004<sup>1</sup>. Recordemos que Derrida *muere* el 08 de Octubre de ese mismo año. En 2005 es editada la versión completa de la entrevista, ahora con un nuevo rótulo: “Aprender por fin a vivir”<sup>2</sup>. A continuación, entonces, un tímido intento por trazar un recorrido entre ambos títulos, el cual nos invitará a pensar cuál es la relación que mantiene la deconstrucción con la vida, la muerte.

## I

Comencemos por la última versión, aquella titulada “Aprender por fin a vivir”. Allí inaugura el diálogo el entrevistador con la siguiente afirmación: “Nunca su presencia ha sido tan manifiesta como desde el verano de 2003. [Pasa a detallar las actividades de todo ese período] Es mucho para un sólo año y, sin embargo, usted no lo oculta, está...”

Interrumpe súbitamente Derrida: “...dígallo nomás, enfermo de bastante gravedad, es cierto, y bajo la prueba de un tratamiento terrible. Pero dejemos esto, si le parece, no estamos aquí para dar un parte médico, sea público o privado...”<sup>3</sup>.

---

1. J. Derrida, “Je suis en guerre contre moi-même”, *Le monde*, 19 de Agosto de 2004. Disponible en: [http://www.lemonde.fr/archives/article/2004/08/18/jacques-derrida-je-suis-en-guerre-contre-moi-meme\\_375883\\_1819218.html?xtmc=jacques\\_derrida&xtcr=6](http://www.lemonde.fr/archives/article/2004/08/18/jacques-derrida-je-suis-en-guerre-contre-moi-meme_375883_1819218.html?xtmc=jacques_derrida&xtcr=6) (Fecha de consulta 03/05/2015).

2. J. Derrida, *Aprender por fin a vivir*, trad. N. Bersihand, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.

3. *Ibid.*, pp. 19-20.

Cuando la vida se intensifica, se vuelve más manifiesta. Pero la presencia de Derrida parece más viva que nunca, precisamente, cuando se encuentra ante las puertas de la muerte, ante la posibilidad de lo imposible, a punto de transgredir el límite infranqueable, de dar el paso (no) más allá. Como si el último suspiro, el aliento final, fuera el más vivo, el que más presencia transmitiera a ese Derrida espectral. Y es aquí, en el alba del texto pero en el crepúsculo de la vida, donde tempranamente nos encontramos con el eje de nuestro recorrido: la relación entre la vida y la muerte. Relación que nos habla también del *crepúsculo*, que si bien puede ser utilizado para referir a la “fase declinante que precede al final de algo”, también remite a la “claridad que hay desde que raya el día hasta que sale el sol, y desde que este se pone hasta que es de noche”. El crepúsculo es el “tiempo que dura esta claridad”<sup>4</sup>, la tenue luz que anuncia el amanecer o la llegada de la oscura noche, ese instante fugaz que borra la frontera entre la vida y la muerte. Ante el crepúsculo, contemplándolo sin otra orientación posible más que su magnífico espectáculo, no podemos discernir qué es lo que está por venir. Sin aviso previo, sin cálculo que permita una previsión reconfortante, mientras persiste esa claridad espectral, vida y muerte debaten su salida a escena.

Inmediatamente la entrevista sigue con otro comienzo, el de *Espectros de Marx*<sup>5</sup>, texto de 1993. El entrevistador recuerda el enigmático exordio que abre ese libro: “Alguien, usted o yo, da un paso adelante y dice: quisiera aprender por fin a vivir”<sup>6</sup>. Luego, le pregunta a Derrida dónde se encuentra él en ese momento en cuanto a ese deseo de saber vivir. La respuesta comienza con un largo preámbulo, que reproduce en gran medida dicho exordio, para luego llegar a la siguiente confesión:

Entonces, bueno, para contestar sin más rodeos a su pregunta, no, nunca *aprendí-a-vivir*. ¡Pero de ningún modo! Aprender a vivir debería significar aprender a morir, a tomar en cuenta, para aceptarla, la mortalidad absoluta (sin salvación, ni resurrección, ni redención: ni para sí ni para otro). Desde Platón, es una vieja exhortación filosófica: filosofar es aprender a morir. *Creo en esa verdad aunque no la admita* [el subrayado es nuestro]. Cada vez menos. No aprendí a aceptar la muerte. Todos somos supervivientes, con la sentencia en suspenso [...] Pero, en lo que se refiere a la sabiduría del saber morir o, si usted prefiere, del saber vivir, *sigo siendo ineducable* [el subrayado es nuestro]. Todavía no he aprendido o adquirido nada a ese respecto.<sup>7</sup>

---

4. *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, 22<sup>a</sup> ed., 2012. Disponible en: <http://lema.rae.es/drae/?val=crepúsculo> (Fecha de consulta 03/05/2015).

5. J. Derrida, *Espectros de Marx*, trad. J. M. Alarcón y C. de Peretti, Madrid, Trotta, 1995.

6. J. Derrida, *Aprender por fin a vivir*, trad. cit., p. 20.

7. *Ibid.*, pp. 22-23.

¿Qué significa creer en la verdad platónica pero no admitirla? Esa será otra de las preguntas fundamentales que nos interesará indagar. Quizá quiera decir que la filosofía sí es un prepararse para la muerte, aunque no lo haya sido para él, Jacques Derrida. Si aprender a vivir se confunde con el aprender a morir, seguimos bajo el imperio del platonismo, ya que la vida se convierte en un mero obstáculo a superar en el camino hacia el saber absoluto. Aprender [*apprendre*] a vivir significa, para Platón, aprender a morir, morir *en vida*, y esa es su enseñanza. Sin embargo, Derrida asegura no haber hecho carne la lección del maestro, reafirmando su incapacidad a la hora de ser educado. Cree en ella, en su promesa, pero no puede admitirla, aceptarla, permitirse de manera voluntaria un juicio que afirme su verdad. Fe y saber, Dios y razón, dos caminos opuestos a la hora de hablar de vida y muerte. Sin embargo, ¿son caminos claramente escindidos?

## II

Recordemos que Platón dedica el *Fedón* a argumentar a favor de la inmortalidad del alma<sup>8</sup>. Es el diálogo entre Sócrates y sus amigos en los momentos previos a su muerte. Nuevamente encontramos que la vida, en este caso la vida eterna, la inmortalidad del alma, cuestión que interesará a todos los participantes de tan curioso debate, surge en toda su intensidad, se hace presente, se manifiesta ante la inminencia de la muerte. En el *crepúsculo* de otra vida, la de Sócrates, surge el alba eterna, la pura luz del día. La cuestión del precursar la muerte como modo de acceso a una vida auténtica no estará lejos de estas latitudes.

El *Fedón* es también el diálogo que presenta de manera más radical la oposición entre *psyché* y *soma*<sup>9</sup>. El filósofo debe despojarse de lo corpóreo y atender al bien de su alma, la cual aquí no es tripartita, como en la *República*, sino algo simple y puro. Morir es el separarse el alma del lastre corpóreo y acceder directamente al reino de las ideas. La vida es contaminación, imperio de los sentidos y la *doxa*. Por lo tanto, la filosofía implicará siempre una muerte en vida, una espectral intromisión del más allá de la vida bajo la figura de lo ideal. Esta es la lección platónica, su enseñanza, que aquí podemos leer:

En realidad, por tanto –dijo [Sócrates]–, los que de verdad filosofan, Simmias, se ejercitan en morir, y el estar muertos es para estos individuos mínimamente temible. Obsérvalo a partir de lo siguiente. Si están, pues, enemistados por

---

8. Platón, *Fedón*, trad. C. García Gual, Madrid, Gredos, 1988.

9. *Ibid.*, p. 14.

completo con el cuerpo, y desean tener a su alma sola en sí misma, cuando eso se le presenta, ¿no sería una enorme incoherencia que no marcharan gozosos hacia allí adonde tienen esperanza de alcanzar lo que durante su vida desearon amantemente –pues amaban el saber– y de verse apartados de aquello con lo que convivían y estaban enemistados?<sup>10</sup>

Convivir con el cuerpo es vivir apartado del saber y, por lo tanto, enemistado con eso que es uno mismo pero que, a la vez, nos aleja del objeto amado. Filosofar es ejercitarse en esa renuncia a la polaridad, por opción de uno de los extremos: el alma. Filosofía y vida quedan entonces escindidas aquí. La muerte, por su parte, deja de ser una fuente de temor. El filósofo estudia con rigor la lección del maestro, desea fervientemente alcanzar un acceso directo al saber y la muerte resulta ser su mejor opción. Esta es la herencia platónica que pesa sobre Derrida y todos nosotros, la cual nos invita a reformular esa pregunta que tantas veces hemos escuchado y también despreciado: ¿cuál es la relación de la filosofía con la vida? ¿Existe una necesaria puesta en suspenso de la vida para poder actualizar el quehacer del filósofo? Sobre la utilidad y el perjuicio de la filosofía para la vida, parafraseando a Nietzsche, podría ser también el título de esta breve reflexión.

Sin embargo, si intentamos trazar una línea de continuidad entre los pares de opuestos vida/muerte, falso/verdadero, cuerpo/alma y habla/escritura, encontramos en el último caso una extraña intromisión<sup>11</sup>. En la vida, el cuerpo, por su mera presencia, logra gobernar sobre la impotente alma, conduciéndonos a un grado de conocimiento que nos condena a las profundidades de la caverna. Sin embargo, el habla en tanto presencia *viva* sería para Platón la responsable de regular el acceso e intercambio de la verdad. Dicho de otro modo, es la escritura en tanto suplemento la condenada en el *Fedro*, mientras que el discurso vivo y animado depositado en el interior del alma sería el único verdadero. Pero esto no se corresponde con lo propuesto en el *Fedón*, donde la lección que Platón intentaba impartir consistía en dejar de lado la vida para abrazar la filosofía, es decir, morir, como la escritura, para acceder a la verdad. En este sentido, vemos que quizá ni el mismo Platón pudo ser fiel a su enseñanza, como un maestro que no hubiera estudiado la lección que deseaba impartir. La escritura disloca toda la arquitectura propuesta, poniendo en entredicho las múltiples fronteras que sostienen el rigor sistemático del pensamiento platónico.

---

10. *Ibid.*, 67e-68a, pp. 46-47.

11. Para todo lo que sigue véase J. Derrida, “La farmacia de Platón” en: *La diseminación*, trad. J. Martín, Madrid, Fundamentos, pp. 91-260.

### III

Pasamos ahora al primer título de esta entrevista, “Estoy en guerra contra mí mismo”.

Hablando sobre el 11 de Septiembre de 2001 y sus compromisos filosófico-políticos, Derrida afirma:

Estoy en guerra contra mí mismo, es verdad, no sabe usted hasta qué punto, más allá de lo que pueda adivinar, y digo cosas contradictorias, cosas que están, por así decirlo, en una tensión real, que me construyen, me hacen vivir y me harán morir. Veo a veces esa guerra como algo terrorífico y penoso, pero al mismo tiempo sé que es la vida. Sólo encontraré paz en el descanso eterno. No puedo decir, por lo tanto, que asumo esta contradicción, pero también sé que es lo que me mantiene en vida y me hace plantear la pregunta que usted, justamente, me recordaba: “¿Cómo aprender a vivir?”<sup>12</sup>

Nuevamente nos encontramos con la herencia platónica y su auto-hetero-deconstrucción. Derrida afirma que la vida es la tensión entre cosas contradictorias, tensión real que plantea una batalla sin cuartel entre cualquier par de opuestos que responda a la lógica oposicional. Esta guerra es la vida y también la muerte, mientras que el descanso eterno promete un más allá de “la vida la muerte”. Pero Derrida señala que tampoco puede asumir este enfrentamiento consigo mismo y, entonces, nos invita a preguntarnos nuevamente hasta qué punto no reproduce la aspiración platónica, privilegiando cierta idealidad enfrentada a la materialidad corpórea o, dicho de otro modo, el intelecto en oposición a la vida. Claro que rápidamente encontramos una respuesta en cualquier texto de Derrida, quien hasta el cansancio nos recuerda que no hay un afuera, un más allá de la metafísica. Por eso repite el gesto platónico, por eso cree en él pero no lo admite. No hay un más allá de la herencia, a pesar de lo que sus detractores quisieran que él sostuviera, pero sí hay un explicitar la ausencia de *arkhé* de dicha tradición. Eso es la deconstrucción, un estar en guerra contra uno mismo, una incesante puesta en cuestión de los propios fundamentos, fugaces, percederos, infundados. Eso es la vida, la muerte. Eso es lo que nos queda aún por aprender.

Leemos en Derrida:

La deconstrucción está siempre del lado del sí, de la afirmación de la vida. Todo lo que digo [...] acerca de la supervivencia como complicación de la oposición vida/muerte procede en mí de una afirmación incondicional de la

---

12. J. Derrida, *Aprender por fin a vivir*, trad. cit., p. 45.

vida. La supervivencia es la vida más allá de la vida, la vida más que la vida, y el discurso que pronuncio no es un discurso mortífero; al contrario, es la afirmación de un viviente que prefiere el vivir, y por tanto el sobrevivir, a la muerte, pues la supervivencia no es sólo lo que queda: es la vida más intensa posible.<sup>13</sup>

---

13. *Ibid.*